

The Economist

Anatomy of Trudeau's fall

Inside Iran's sanctions-busting

Russia's spies go feral

Starship and the economics of space

OCTOBER 19TH-25TH 2024

THE ENVY OF THE WORLD

AMERICA'S
ECONOMY:
A SPECIAL
REPORT



La economía de Estados Unidos es más grande y mejor que nunca

¿La política lo devolverá a la Tierra?



Pocas imágenes han captado mejor el ingenio de Estados Unidos, que ha batido récords en todo el mundo. El 13 de octubre, un cohete propulsor gigante construido por SpaceX se precipitó al borde de la atmósfera antes de caer de nuevo a la Tierra y ser atrapado por la torre de pórtico desde la que, sólo unos minutos antes, había despegado. Gracias a esta maravilla de la ingeniería, los grandes cohetes podrían volverse reutilizables y la exploración espacial, [más barata y audaz](#). Sin embargo, así como el lanzamiento fue un testimonio de la iniciativa estadounidense, Elon Musk, el fundador de SpaceX, capta todo lo que está yendo mal en su política. En su apoyo a Donald Trump, Musk ha difundido información errónea sobre el fraude electoral y la ayuda para los huracanes y ha ridiculizado a sus oponentes como idiotas mal intencionados.

Estados Unidos también sigue cosechando [resultados económicos estelares](#), aunque su política se vuelve más venenosa. Mientras se preparan para acudir a las urnas en menos de 20 días, republicanos y demócratas nunca han desconfiado ni han estado tan en desacuerdo entre sí. En ese contexto sombrío, ¿puede mantenerse en pie la impresionante economía de Estados Unidos?

En las últimas tres décadas, Estados Unidos ha dejado atrás al resto del mundo rico. En 1990 representaba alrededor de dos quintas partes del PIB del G7 . Hoy representa la mitad. La producción per cápita es ahora alrededor de un 30% más alta que en Europa occidental y Canadá, y un 60% más alta que en Japón, brechas que prácticamente se han duplicado desde 1990. Mississippi puede ser el estado más pobre de Estados Unidos, pero sus residentes, que trabajan duro, ganan, en promedio, más que los británicos, canadienses o alemanes. Últimamente, China también ha retrocedido. Después de haberse acercado rápidamente a Estados Unidos en los años anteriores a la pandemia, su PIB nominal ha caído de aproximadamente tres cuartas partes del de Estados Unidos en 2021 a dos tercios en la actualidad.

Este historial está ahora en peligro. A medida que Estados Unidos se ha vuelto más partidista, tanto Kamala Harris como Trump, los dos candidatos presidenciales, se están centrando en políticas que protegen a sus propios partidarios, en lugar de ampliar el pastel económico en general. Estados Unidos no está a punto de perder su dominio económico. Pero, tarde o temprano, la política corrupta comenzará a cobrar un alto precio, y para entonces será difícil revertir el rumbo.

Para entender por qué, consideremos primero los factores que explican el éxito de Estados Unidos. Como se explica en nuestro informe especial de esta semana, las ventajas innatas desempeñan un papel importante. Estados Unidos es un país grande que cuenta con vastos recursos energéticos. La revolución del petróleo de esquisto ha impulsado quizás una décima parte de su crecimiento económico desde principios de la década de 2000. El enorme tamaño de sus mercados de consumo y de capital significa que una buena idea concebida en Michigan puede triunfar en los otros 49 estados de Estados Unidos.

Sin embargo, las buenas políticas también han sido importantes. Estados Unidos ha combinado durante mucho tiempo una regulación laxa con un gasto rápido y generoso cuando golpea una crisis. Si bien el estímulo de gran tamaño durante la pandemia impulsó la inflación, también ha asegurado que Estados Unidos haya crecido un 10% desde 2020, tres veces el ritmo del resto del G7 . En cambio, Alemania, más tacaña, está sumida en una recesión por segundo año consecutivo.

Esta combinación de factores ha alimentado un poderoso círculo virtuoso. El dinámico sector privado de Estados Unidos atrae inmigrantes, ideas e inversiones, lo que genera más dinamismo. No sólo alberga la mayor industria de lanzamiento de cohetes del mundo, sino también a sus gigantes de Internet y las mejores empresas emergentes de inteligencia artificial. Sus siete grandes empresas tecnológicas valen juntas más que las bolsas de valores de Gran Bretaña, Canadá, Alemania y Japón juntas; Amazon por sí sola gasta más en investigación y desarrollo que todas las empresas británicas. Mientras tanto, como el dólar es la moneda de reserva mundial, los inversores tienen un gran apetito por la deuda estadounidense. Acuden en masa a los bonos del Tesoro en tiempos de crisis, lo que permite al gobierno repartir enormes paquetes de estímulo.

Hasta ahora, el deterioro de la política estadounidense ha tenido poco efecto visible en la economía. En los últimos ocho años, Trump y el presidente Joe Biden han recurrido al proteccionismo y al intervencionismo, con el pretexto de ayudar a los trabajadores de las fábricas, a expensas de la economía en general. Como la fortaleza económica de Estados Unidos ha sido tan amplia, no ha sido revertida; y durante muchos años el estímulo ha proporcionado un subsidio de azúcar compensatorio. Sin embargo, la economía no es inmune a la política. Y a medida que el país se vuelve más dividido, Harris y Trump están prometiendo políticas cada vez más dañinas, especialmente Trump.

Para empezar, ambos candidatos manipularían las fuerzas del mercado que tan bien han servido a Estados Unidos, protegiendo a algunas empresas a expensas de otras. También podrían limitar el alcance del gobierno para acudir al rescate la próxima vez que se produzca una crisis. Ambos prometen concesiones fiscales y de gasto: Harris quiere gastar más en las familias; Trump ofrecerá [alivio fiscal](#) para todo, desde préstamos para automóviles hasta horas extras. Sin embargo, ninguno tiene un plan para controlar el déficit presupuestario, que ronda el 6% del PIB, un nivel que normalmente solo se observa en tiempos de guerra o recesión. El gasto deficitario sin control podría desplazar la inversión privada y erosionar la confianza en la deuda estadounidense como un activo libre de riesgo.

Trump plantea el mayor riesgo para la extraordinaria economía estadounidense. Habla de imponer aranceles ruinosos a las importaciones y de embarcarse en enormes programas para deportar a millones de no ciudadanos, muchos de los cuales llevan años plenamente integrados al mercado laboral. Se muestra indiferente con respecto a las instituciones, incluida la Reserva Federal y el Estado de derecho. Si se socavase la independencia de cualquiera de ellas, Estados Unidos ya no atraería el talento y el dinero que necesita para seguir avanzando sin descanso. Nadie sabe si Trump habla en serio, pero la posibilidad de que así sea pesa sobre su candidatura, como el cohete de Musk sobre la plataforma de lanzamiento.

Misión crítica

El crecimiento no es un derecho inalienable, sino un don que hay que valorar y cuidar. Si el círculo virtuoso que impulsa la economía estadounidense se invierte, la política tóxica se habrá arraigado en ese momento. No se sabe hasta qué punto deben ser malas las ideas de un presidente para que las cosas empiecen a desmoronarse. El punto de inflexión puede no llegar mañana, ni siquiera en los próximos cuatro años, pero con cada error que cometen los políticos, se acerca un paso más.

Cómo la administración Biden arruinó las sanciones estadounidenses contra Irán

Con la disuasión financiera socavada, sólo queda la disuasión militar



Ilustración: Satoshi Kambayashi

Hace quince días, Irán apuntó más de 180 misiles balísticos contra Israel. Ahora Israel responderá y el mundo contiene la respiración. Lo que haga a continuación y cómo reaccione Irán determinarán si Oriente Medio se ve envuelto en un conflicto abierto. Para Estados Unidos, la cuestión es cómo alentar la moderación por parte de Israel, limitar la escalada, frenar la nefasta influencia de Irán y disuadirlo de optar por construir un arma nuclear. Desafortunadamente, como demuestra nuestra investigación de esta semana, la administración Biden ha socavado una de las principales herramientas de Estados Unidos.

En 2018, bajo el gobierno de Donald Trump, Estados Unidos se retiró imprudentemente de un acuerdo para frenar el programa nuclear de Irán y luego impuso las sanciones más duras de su historia, en un intento de castigar al régimen y evitar que financiara a sus agentes y terroristas en el extranjero. Estados Unidos prohibió a sus ciudadanos comerciar con Irán o manejar dinero iraní; también restableció sanciones “secundarias”, que castigan a las entidades de terceros países que tratan con Irán, por ejemplo, privándolas del sistema bancario en dólares.

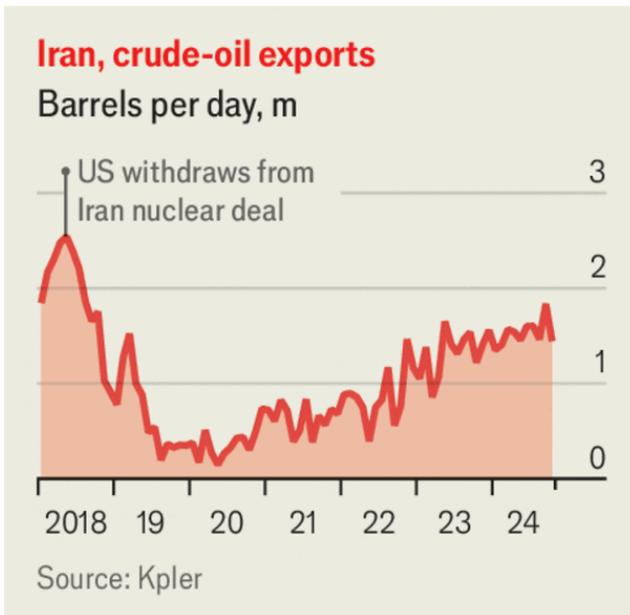


Gráfico: The Economist

El presidente Joe Biden ha suspendido en numerosas ocasiones la aplicación de estas sanciones. Estaba deseoso de que Irán volviera a la mesa de negociaciones y temía que una ofensiva contra el comercio petrolero iraní pudiera disparar los precios del petróleo justo cuando los mercados energéticos estaban alarmados por la invasión rusa de Ucrania. Su administración emitió exenciones de sanciones a entidades extranjeras, consideró dar a Irán acceso a dinero congelado y a menudo hizo la vista gorda ante el contrabando de petróleo iraní.

La eficacia de las sanciones siempre iba a erosionarse. Frente a las limitaciones, la gente encontrará otras formas de transferir dinero y bienes por todo el mundo. Los petroleros son rebautizados rutinariamente. A un títere iraní le lleva mucho menos tiempo establecer una empresa en Hong Kong o Dubai que al Tesoro de Estados Unidos investigar las evasiones. Era inevitable que el dinero se alejara del sistema bancario en dólares y se dirigiera a mecanismos de pago alternativos.

Sin embargo, al optar por no aplicar rigurosamente las sanciones, Estados Unidos ha socavado su eficacia incluso en el corto plazo, lo que tal vez haya acercado a China e Irán. Se ha desarrollado una infraestructura compleja para ayudar a Irán a canalizar sus ingresos por todo el mundo. El mes pasado vendió 1,8 millones de barriles diarios de petróleo crudo, principalmente a China, el nivel más alto en seis años.

[Nuestro informe](#) muestra cómo una red de empresas fachada utiliza bancos en China, Hong Kong, el Golfo e incluso Occidente, muchos de los cuales manejan dinero iraní sin saberlo. El año pasado, los ingresos de Irán ascendieron a entre 50.000 y 70.000 millones de dólares. No se sabe exactamente dónde va a parar ese dinero, pero las ventas de petróleo sin duda están ayudando a armar a Irán y a sus representantes.

Ahora que existe esta infraestructura, no es fácil recuperar la capacidad de disuasión financiera que Estados Unidos ha perdido. Para echar arena en los engranajes de la maquinaria bélica de Irán, Estados Unidos tendría que castigar a los bancos más infractores, por ejemplo, en China o en el Golfo, o presionar a sus gobiernos para que insistan en que los prestamistas hagan más esfuerzos por cumplir con los edictos estadounidenses. Pero eso significa o bien intensificar la guerra financiera con China, por la que Estados Unidos puede tener poco interés, o bien tomar medidas enérgicas contra aliados como los Emiratos Árabes Unidos. Instar a los amigos a disciplinar a sus bancos, o directamente poner en la lista negra a algunos, costaría a Estados Unidos capital diplomático.

La consecuencia lamentable es que la difícil tarea de influir en el comportamiento de Irán se ha vuelto aún más difícil. Las herramientas de Estados Unidos incluyen la amenaza de aplicar sanciones (u ofrecer levantarlas) y la amenaza de ir a la guerra. Esas opciones estaban plagadas de riesgos, pero sus costos son hoy más altos de lo que habrían sido si Estados Unidos hubiera aplicado las sanciones con rigor. Esto también significa que Estados Unidos tiene menos que ofrecer a Israel mientras intenta persuadirlo de que modere sus represalias por el ataque con misiles de Irán. Mientras se avecina una guerra entre Israel y Irán, lo último que necesita Oriente Medio es una falta de buenas opciones.

El presupuesto británico corre el riesgo de ser una gran oportunidad perdida

Rachel Reeves parece dispuesta a no complacer a nadie a cambio de poco

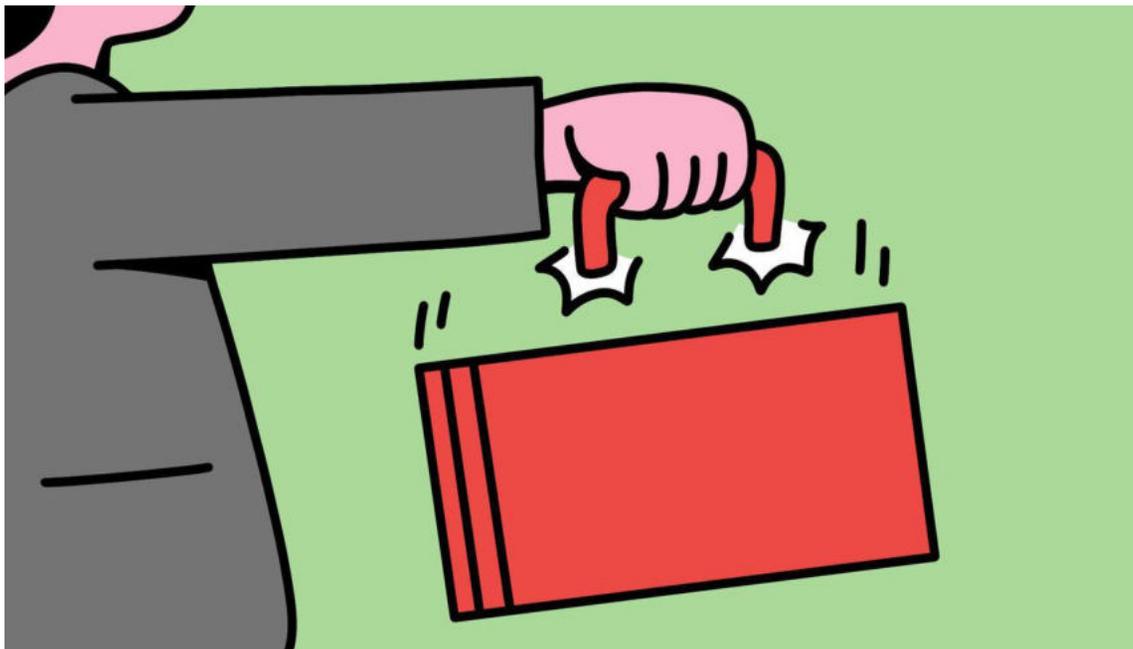


Ilustración: Vincent Kilbride

Cualquier político mataría por estar en la posición de Rachel Reeves. Para su primer presupuesto, que se presentará el 30 de octubre, la canciller británica cuenta con una mayoría incuestionable en el Parlamento, una oposición sin líder y casi cinco años antes de las próximas elecciones, tiempo suficiente para que incluso las políticas de combustión lenta empiecen a ganarse el apoyo de los votantes. Si alguna vez hubo un momento para reestructurar el funcionamiento de los impuestos y el gasto en Gran Bretaña en apoyo del objetivo declarado del gobierno de impulsar el crecimiento, es éste.

Es cierto que Reeves tiene mucho que hacer: necesita reunir entre 20.000 y 30.000 millones de libras (entre 26.000 y 39.000 millones de dólares, o el 0,7-1,1% del PIB) al año sólo para impedir que los débiles servicios públicos británicos sigan desmoronándose, e idealmente un poco más que eso para empezar a invertir en ellos. Pero eso no debería ser imposible para un estado que ya recauda más de 800.000 millones de libras en impuestos anuales; los homólogos franceses de Reeves están teniendo que recaudar mucho más para resolver su

propia crisis fiscal. Aumentar los impuestos de base amplia, como el impuesto sobre la renta o el IVA , un impuesto al consumo, equilibraría rápidamente las cuentas sin perjudicar mucho al crecimiento.

Un presupuesto ambicioso no se quedaría ahí. El código fiscal británico es un desastre, resultado de décadas de evasivas, excepciones a intereses especiales y redadas fiscales equivocadas. Un gobierno valiente y pro-crecimiento usaría su capital político para darle un buen golpe. Un punto de partida sería el impuesto de timbre, un impuesto a las transacciones que atasca el mercado inmobiliario y asigna de forma inadecuada la ya insuficiente oferta de viviendas de Gran Bretaña. El impuesto de timbre sobre las acciones distorsiona el sistema financiero. Las exenciones al IVA disuaden a las pequeñas empresas de crecer y distorsionan el gasto. Los impuestos son mucho más altos para los empleados que para los autónomos, aunque las empresas suelen ser más productivas.

Un presupuesto reformista también desataría la inversión. [Gran Bretaña ha estado en el último lugar de la clasificación del G7](#) en inversión pública y privada durante 24 de los últimos 30 años; necesita desesperadamente una mejor infraestructura de transporte y energía. Un presupuesto radical liberaría más dinero público, pero también apuntaría más a los cuellos de botella burocráticos que frenan el desarrollo. Si se elaborara un plan para abordar todo esto, la música ambiental en torno al nuevo gobierno ganaría ritmo rápidamente.

En su haber, la Sra. Reeves ha sido clara en cuanto a la importancia de la inversión: hay grandes expectativas de que cambie las reglas fiscales de Gran Bretaña para que pueda endeudarse más para invertir. Ajustes como excluir las pérdidas del Banco de Inglaterra por flexibilización cuantitativa de la definición de deuda utilizada en las reglas fiscales podrían permitir otros 10.000 millones a 20.000 millones de libras de endeudamiento para inversión. (Ir mucho más allá –por ejemplo, pasando a una medida que incluya los activos del Estado, no sólo sus pasivos– podría asustar a los mercados).

Pero en otros aspectos, las señales no son alentadoras. En lugar de anunciar una reforma fiscal única en una generación, Reeves ha llevado adelante un esfuerzo chapucero, improvisando medidas para aumentar los ingresos mientras intentaba zafarse de las restricciones políticas autoimpuestas. La promesa imprudente del Partido Laborista antes de las elecciones de no aumentar el impuesto a las corporaciones ni los impuestos a los “trabajadores” (que definió en su manifiesto como impuesto a la renta, seguro nacional e IVA) ha dejado muy poco margen para una reforma ambiciosa.

Para salir de este apuro, el gobierno parece estar preparándose para aumentar los pagos de los empleadores a la seguridad social. Se trata, al menos, de un impuesto de base amplia que puede generar ingresos decentes. La Resolution Foundation, un grupo de expertos, calcula que obligar a los empleadores a pagar la seguridad social sobre las contribuciones a las pensiones podría recaudar 9.000 millones de libras anuales. Pero por mucho que los laboristas protesten en contra, en términos económicos esto sería claramente un aumento de impuestos a los trabajadores, porque los empleadores simplemente trasladarían los costos a los salarios de los empleados. Revertir los recortes de cuatro puntos porcentuales al seguro social que aplicó

Jeremy Hunt, el predecesor de Reeves, antes de las elecciones, sería más sencillo y generaría más de 20.000 millones de libras.

Para llenar el resto del agujero, parece probable que Reeves se endeude más y saquee dinero aquí y allá. Hay razones para cambiar la base imponible del impuesto sobre las ganancias de capital (CGT , por sus siglas en inglés); y varias exenciones al impuesto sobre sucesiones y al CGT podrían ser recortadas. Pero esa limpieza sólo recaudará unos pocos miles de millones de libras si Reeves es sensata. Ir demasiado lejos crearía incentivos que destruirían el crecimiento para que los contribuyentes cambien su comportamiento (por ejemplo, aferrándose a activos con la esperanza de que un futuro gobierno vuelva a reducir el CGT) y también chocaría con las cálidas palabras de Sir Keir Starmer sobre la creación de riqueza. Se dice que algunas medidas, como una mayor restricción a los contribuyentes no domiciliados, se están diluyendo.

Un presupuesto de este tipo sería el sello distintivo de un gobierno poco ambicioso que se esfuerza por hacer que las cifras cuadren, no de un gobierno radical que hace todo lo que es necesario para impulsar el crecimiento. Tampoco tendría sentido desde el punto de vista político. La elección que enfrenta el Partido Laborista es entre malgastar su capital político en definiciones cobardes y medidas a medias impopulares como recortes a la asignación de combustible de invierno para los jubilados, o gastarlo deliberadamente en mejoras duraderas de las finanzas públicas. Sea audaz, canciller.